

Páginas de muestra

Índice

Sevilla 1936	13
Olimpia	19
La guerra	¡Error! Marcador no definido.
Motril	¡Error! Marcador no definido.
Santiago	¡Error! Marcador no definido.
El convento	¡Error! Marcador no definido.
Huérfana.....	¡Error! Marcador no definido.
La granja	¡Error! Marcador no definido.
El oficio.....	¡Error! Marcador no definido.
Julia.....	¡Error! Marcador no definido.
Adiós Julia	¡Error! Marcador no definido.
La familia.....	¡Error! Marcador no definido.
Antonio	¡Error! Marcador no definido.
La madre de Antonio	¡Error! Marcador no definido.
El amor.....	¡Error! Marcador no definido.
El padre	¡Error! Marcador no definido.
La hacienda.....	¡Error! Marcador no definido.
Sevilla 1898	¡Error! Marcador no definido.
La gran boda	¡Error! Marcador no definido.
La pasión.....	¡Error! Marcador no definido.
El compromiso.....	¡Error! Marcador no definido.
El primer hijo	¡Error! Marcador no definido.
La decepción	¡Error! Marcador no definido.
Semana de Pasión	¡Error! Marcador no definido.
La Feria	¡Error! Marcador no definido.
La División Azul.....	¡Error! Marcador no definido.
Félix	¡Error! Marcador no definido.
Otoño familiar.....	¡Error! Marcador no definido.
Invierno.....	¡Error! Marcador no definido.
El desastre	¡Error! Marcador no definido.
La huida	¡Error! Marcador no definido.
Gines	¡Error! Marcador no definido.
Miseria	¡Error! Marcador no definido.
Esperanza	¡Error! Marcador no definido.
El testamento.....	¡Error! Marcador no definido.
Epílogo.....	¡Error! Marcador no definido.

Sevilla 1936

Aquel sábado 18 de julio Antonio se perdió el cine. Quedó con Miguel por la tarde, a última hora, en la plaza del Duque para ir al Alameda. Ponían una película interesante, «La Novia de Franqustein». Era donde mejor estaban. En el cine de verano podían ver cualquier película al aire libre a la hora fresquita.

Quando Antonio llegó a su casa, a media tarde para el almuerzo, su hermano Félix oía la radio, un moderno Telefunken con caja de madera preciosa y brillante.

–Se ha sublevado el ejército en África –dijo con cara de preocupación cuando vio a su hermano–, acaban de dar la noticia.

–¿Cómo? ¿Qué más han dicho? –preguntó Antonio muy extrañado–. ¿En qué lugar de África?

–En Melilla, pero también han dicho en un comunicado del Gobierno que la rebelión ha sido aplastada.

–Bueno, otra «sanjurjada». Creía que sería la guerra –dijo Antonio suspirando.

–De todas formas no está muy claro, otras emisoras dicen otra cosa.

Al poco llegó su madre Rosario con la abuela María, traían una bandeja de pasteles de la confitería Ochoa. Venían contentas y sonrientes. Al ver la cara de preocupación de sus nietos, preguntó:

–¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?

–Parece que hubo un intento de alzamiento del ejército de Melilla –dijo Félix.

–Yo vengo de la Campana y he visto mucha gente de los partidos políticos –dijo su madre

–Yo también he visto mucha gente –dijo la abuela María–. Por la calle Sierpes, en dirección a la plaza Nueva, manifestándose como siempre. Ya no se puede pasear con tranquilidad por las calles de Sevilla.

–Hay que ver qué hartura de política. No paran –dijo la madre.

–A mí por poco me atropellan con un coche, iban como locos. Llevaban una bandera de Falange.

Las cosas de la política estaban muy mal. Últimamente las manifestaciones se sucedían todos los días; pintadas en las blancas paredes de las calles; huelgas; tiroteos entre pistoleros de diferentes partidos; quema de iglesias y persecución a los religiosos.

La Semana Santa se celebró aquel año fuera de las iglesias; como se hizo durante siglos en la tierra de María Santísima, pero con temor. La sociedad fervorosa tenía miedo por los atentados que se habían producido contra algunas de aquellas hermandades.

La familia que era muy devota de la Virgen del Rocío veía con preocupación esa escalada anticlerical.

Con la victoria del Frente Popular en las últimas elecciones la reforma agraria volvía a la actualidad. Del campo llegaban noticias de ocupaciones de tierras organizadas por la FNTT; los campesinos y jornaleros decían: «La tierra es de todos y del que la trabaja».

Los terratenientes asustados huían de sus haciendas ante las invasiones y amenazas.

En las ciudades imperaba la ley de la fuerza; las autoridades no podían controlar los desmanes producidos en las calles por parte de miembros de algunos partidos políticos.

Algunos periódicos de izquierdas no hacían más que incitar a la rebelión con proclamas incendiarias, mientras, los de derechas, criticaban la inmovilidad de las autoridades.

Comían en silencio los cuatro pensando cada uno en sus cosas, cuando oyeron un griterío en la calle. Desde la ventana del primer piso vieron grupos de milicianos con el pañuelo rojo al cuello,

gritaban caminando en dirección a la plaza del Duque. En la calle de al lado parecía que tiraban petardos.

Algunos minutos después llegó la criada, Juana, gritaba presa de un ataque de nervios.

Doña Rosario se asomó al zaguán, la joven hablaba con la cocinera gesticulando con los brazos.

–¿Qué ocurre?¿Por qué gritas? –le preguntó Rosario.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! –la joven temblaba sin explicar lo que ocurría.

–¿Pero qué ocurre hija? –preguntó también Josefa, la cocinera–. Tranquilízate y habla.

–¡Lo han matado! ¡Lo han matado delante de sus padres! ¡Asesinos! –gritaba la joven sin poder contener su indignación.

–¿A quién han matado? –preguntó de nuevo Rosario.

–Al cura. Al párroco de San Jerónimo. Yo pasaba por allí y lo vi con mis ojos –dijo Juana después de tomar aire y tranquilizarse–. No lo puedo creer; lo arrastraron por la calle y le dispararon hasta dejarlo en el suelo malherido. Sus padres estaban viendo como lo maltrataban, pero no pudieron acercarse. Le dispararon muchas veces.

–¡Dios mío! ¿Quién ha sido? –preguntó doña María; llegó a tiempo de oír a la joven, haciendo cruces sobre su pecho con la mano.

–Los de los pañuelos rojos. Los que desfilan con el puño en alto.

–¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿A dónde vamos a llegar? –doña María se santiguaba una y otra vez.

–¡Qué asesinos! ¿Qué daño podía haberles hecho? –dijo doña Rosario.

Grupos numerosos de milicias antifascistas obreras, organizados y uniformados con pañuelos rojos, portando banderas comunistas con la hoz y el martillo se abrían paso por las calles. Cantaban «La Internacional» y gritaban vivas a Rusia.

Aquella tarde no se atrevieron a salir a la calle; permanecieron en la casa el resto del día atisbando por las ventanas retirando levemente los visillos, no sabían qué ocurriría a partir de ese momento.

El Frente Popular podía iniciar una revolución aprovechando el alzamiento militar.

Se oían tiros, el tableteo de ametralladoras y estampidos secos por diferentes puntos de la ciudad y algunas explosiones.

Algunos ciudadanos pillados fuera de sus casas al comenzar la revuelta, circulaban con las manos en alto; tenían miedo de los tiradores apostados en tejados y azoteas que disparaban contra las patrullas de soldados.

Al día siguiente permanecieron atentos a la radio, continuaban los tiroteos y las explosiones. Columnas de humo se alzaban en el

limpio cielo sevillano; algunos vecinos gritaban que había iglesias ardiendo.

El día veinte, el diario ABC, en un suplemento extraordinario decía:

El general Quéipo de Llano se hace cargo de la Jefatura de la 2ª División, declarando el «estado de guerra».

Olimpia

Olimpia llegó a la calle Elvira enfrascada en sus pensamientos. Cuando levantó la cabeza vio detenido en la puerta de su casa un automóvil negro. Dos hombres con camisas azules y armados de fusil salían del portal en ese momento. Llevaban a su padre cogido del brazo y le hicieron entrar en la parte posterior del auto. Rápidamente arrancó alejándose calle arriba dejando atrás una humareda.

Ante la sorpresa no tuvo tiempo de gritar, algo le decía al ver alejarse el coche que su padre estaba en peligro. Echó a correr y subió al primer piso con la respiración entrecortada. Su joven corazón palpitaba con intensidad.

Toda su familia estaba sentada alrededor de la mesa del comedor con cara de preocupación.

—¿Qué pasa? ¿Por qué se llevan a papá? —preguntó jadeante.

Su hermano mayor, Santiago, se encargó de responder muy serio:

—No nos dieron ninguna explicación, no sabemos nada. Suponemos que alguien lo ha denunciado por algún motivo. Se lo han llevado al cuartelillo de la Falange, en la Gran Vía.

Olimpia se abrazó a su madre mientras secaba sus lágrimas con un pañuelo. Las tres hermanas, Marina, Victoria y Elena, sentadas al lado de la madre lloraban en silencio. Sus hermanos pequeños, Matías y Augusto, no parecían comprender la gravedad de la situación que vivían.

Ignoraban lo que sucedería en los próximos días, pero algo terrible alteraría sus vidas para siempre.

Se miraban en un silencio tenso. Los pensamientos de los mayores coincidían en lo peor. Sabían lo que estaba ocurriendo desde el día del alzamiento militar. Vecinos y amigos les contaron cosas increíbles.

Algunas horas después volvieron los falangistas con su padre. Iba apoyándose en un bastón. Cojeaba por culpa de la ciática, pero no parecía haber sido maltratado.

Le ayudaron dos hombres a subir al piso. El dolor le impedía caminar con soltura; era alto y fuerte, pero trabajando de ebanista se había lesionado la espalda.

La familia contempló su llegada en silencio, no se atrevieron a abrir la boca, pero suspiraron de alivio. Cuando se fueron los hombres de las camisas azules, su esposa, le preguntó impaciente:

–¿Qué te han dicho?, Matías.

–Me hicieron muchas preguntas –dijo muy nervioso mesándose el pelo con la mano–, trataban de averiguar si

pertenezco a algún partido de izquierdas, pero no consiguieron nada. No tienen nada.

–¿Por qué a ti?

–No lo sé, algún cabrón me ha denunciado. Ellos mismos lo dijeron: «Este hombre no tiene antecedentes de ninguna clase» –sus ojos claros observaban con preocupación a su familia–. Por eso me han devuelto a casa, de lo contrario...

Dejó en suspenso la frase para no asustar a sus hijos, solo los mayores sabían lo que iba a decir. Veía con preocupación lo ocurrido y no estaba tranquilo, la guerra desatada días atrás podía durar mucho tiempo y la incertidumbre también.

Desde su llegada a Granada no había tenido contacto con nadie del sindicato de trabajadores. Se dedicó a su trabajo de representante y no tuvo tiempo para perderlo en reuniones políticas como cuando vivían en Benalúa de Guadix.

Carmen por su parte estaba temerosa y no lo podía ocultar, sus ojos negros miraban interrogantes a su marido; tenía muchas preguntas que hacerle, pero ante sus hijos prefirió callar.

A partir de aquel día nadie pudo dormir tranquilo. Los hombres de las camisas azules podían volver y tal vez con menos fortuna para Matías.

En el silencio de la noche los golpes resonaban en las puertas de las casas llevando los peores presagios. Todos se removían

inquietos en sus camas con el corazón encogido, sin poder conciliar el sueño, eran noches de terror.

Un viento de muerte recorría las calles. Todos los días pasaban varios automóviles y camiones con detenidos en un desfile siniestro, unas veces tocaban una puerta cercana, otras pasaban de largo y se detenían en las siguientes.

Sabían de oídas que iban a buscar a sospechosos de la izquierda, socialistas y anarquistas que, escondidos en sus casas, no pudieron huir. Los más desafortunados eran detenidos y metidos en un camión para llevarlos al cementerio; una vez allí eran colocados contra el grueso muro y fusilados sin preguntarles nada, solo el nombre.

Así transcurrieron varios días de pavor, mientras por la radio se escuchaba música militar y proclamas triunfalistas.

En casa de Matías no hablaban de otro tema, creían que no duraría mucho; el Ejército aplastaría la sublevación como ocurrió en Asturias dos años antes. Después todo volvería a la normalidad; solo deseaban vivir en paz.

Olimpia era la menor de las hermanas y estaba muy contenta porque, terminados sus estudios primarios, ya no tendría que volver al colegio.

Destacaba por su belleza todavía adolescente; sus grandes ojos verdes, como los del padre, contrastaban con unas cejas y pelo

negrísimo, siempre recogido en dos coletas. Cansada de ser tratada como una niña, a sus quince años se sentía mayor y estaba ansiosa por trabajar como sus hermanas, necesitaba ganar un sueldo para ayudar en casa.

La precariedad del trabajo de su padre y los bajos salarios necesitaban de la ayuda de todos. A instancias de su madre, su tía Lola, que era monja, habló con la superiora del convento de las religiosas de María Inmaculada, próximo a su casa, y Olimpia empezó a bordar en su taller. Era de pago y la trataban muy bien, además, era sobrina de monja. Pronto estaría en condiciones de aceptar alguna labor, se encontraba muy satisfecha con el trato recibido.

Carmen tenía otra hermana llamada Victoria. Estaba casada con un pastelero de Motril, pero no tenían hijos.

Mientras vivieron en Benalúa todo iba bien, cada uno con su trabajo; aunque el sueldo era más bien escaso vivían decentemente gracias a la fábrica azucarera que empleaba a mucha gente.

Al llegar la República muchos forasteros, casi todo el equipo técnico, fueron despedidos. Decían que por